

cautiva el amor, esta fineza, Christiano? Está un esclavo preso en la carcel, condenado á muerte, y llega el Señor, echa fuera al esclavo, y él se queda en las prisiones, y se ofrece á la muerte porque el esclavo viva. ¿Qué te parece de esta fineza? ¿Pues qué tiene que ver con la que hace por tí un Señor? Abre los ojos, y cae en la cuenta de tus yerros, y trata de amar á quien así te ama: no le seas más ingrato, ni resistas más á su amor. Jesus Nazareno, Rey eterno de los siglos, es el que por tí se ofrece á las prisiones: tu Dios, tu Criador, y tu Señor es el que dice á los Ministros de tinieblas: No hagais mal á los míos; aquí me teneis á mí, executad en mí el furor, la ira, y cólera que habeis de executar en ellos. ¿Qué merece quien á este Señor ofende? ¿Con qué palabras se podrá ponderar nuestra ingratitud? ¡O Reyna de los Angeles, poneos de nuestra parte, porque no tiene disculpa nuestra maldad!

242 Considera como así que tuvieron permiso aquellos hombres para prender al Señor, cerraron con furia infernal contra su divina Magestad; mas el Señor con su divino poder los detuvo, para persuadirles más á que de su propia voluntad se ofrecia á la muerte, y que si él no quisiera, ni ellos, ni todos sus

Soldados pudieran nada contra su Persona. Díxoles, pues, estas razones: Como si Yo fuera ladrón, así habeis salido con espadas, lanzas, y armas á prenderme. Cada día me teniais en el templo predicando, y enseñando en vuestra presencia, y nunca os habeis atrevido á ponerme las manos; ¿y ahora venis con toda esa prevencion de armas de noche á prenderme? ¿Cómo os habeis hecho de día? ¿Por qué habeis esperado á la noche? Mas ya se da con eso á entender, que esta es vuestra hora, y el tiempo más adecuado para vuestra cobardía, y para las potestades de las tinieblas. ¿Venís á hacer guerra á la luz? Claro está que á las tinieblas os habeis de acoger. ¿Venís armados contra el Sol? ¿Pues quién os puede dar esa osadía, sino el que preside en las tinieblas eternas? Ea, que en vano os predicó: poseidos estais de Satañas: esta es vuestra hora: dadle gusto en ella, que la mía se llegará despues de la vuestra, y entonces haré Yo lo que quisiere. ¡O alma Christiana! Tiembla de estas palabras, haz cuenta que esta vida es una hora, mira lo que haces en ella, porque se pasará muy en breve, y se llegará la hora de Dios, que es la del juicio, y de la cuenta; ¡y entonces ay de tí si pasaste tu hora sirviendo al Príncipe de las tinieblas! Ahora per-

permite el Señor á los malos, que mientras les dura su hora, hagan lo que quisieren; pero en llegándose aquella última, que tomará el Señor para sí, entonces, mas que les pese, harán lo que quisiere el Señor, y gustare. Ahora se arman contra su Divina Magestad con diversas culpas, y pecados, que son armas del demonio. Y como los Judíos que se armaron contra Christo con las armas de los Romanos mismos, perecieron á manos de los Romanos mismos, dispondrá la divina Justicia, que las mismas espadas, y lanzas con que buscaron al Señor, esas mismas los degüellen, y les atraviesen el corazón; y por una cohorte de mil soldados, que juntaron contra Christo, millares de millares se armarán despues contra ellos mismos. Ves ahí la hora de Dios, y ves ahí la hora de los pecadores: mira no pierdas por una hora una eternidad.

243 Considera como viendo el Señor que nada aprovechaba á aquella gente maldita, les dió de una vez licencia para que de hecho le prendiesen. Bien puedes ya aparejar aquí las lágrimas, y armar de fortaleza tu corazón, porque son muy terribles las consideraciones que se siguen. Arremetieron contra el Señor con tanto ímpetu, con tanta furia, y rabia, que queriendo explicarla el Espíritu

Santo, antes que sucediese, la compara á la furia del Unicornio, á la braveza de los Toros acosados, á la rabia de los perros, á la crueldad de los Leones enojados, á la ira de los Tigres embravecidos, y á la ansia de los Lobos hambrientos. Tanta fué la ferocidad de aquellos crueles corazones, que para explicarla la compara á las más atroces bestias, y á las más crueles fieras. Asíéronse del Señor con cólera, y furia indecible, unos por los cabellos, otros por los cabezones, otros por las manos, y brazos, otros por las espaldas, y otros por el pecho; y cargando todos de tropel sobre su Divina Magestad, colgados de su santísimo cuerpo, le derribaron en el suelo; y unos con puñadas, otros con los puños de las espadas, otros con las hastas de las lanzas, y otros con piedras que cogieron, por no lastimarse las manos, dándole, descargaron sobre el Señor golpes cruelesísimos, tirando cada uno á partirle los huesos, y á sumirle, y hacerle pedazos las costillas; de manera, que de mil y cien Soldados no quedó ninguno que no lo hiriese. Los más de cerca le pegaron muchas veces, y los otros, que no podían llegar con las manos, entraban los cabos de las hastas por entre los demas que estaban delante, y le herian inhumanamente. Considéralos á

todos encarnizados en aquel mansísimo Cordero, que puesto debaxo de sus pies, no abría su boca para quejarse. Vuélvete á ellos, y diles: Cruelles, é inhumanos, ¿para qué es toda esa cólera, y rabia contra un Señor, que sin resistencia ninguna se dexa prender, y se os pone en las manos con tanta mansedumbre? ¿Para qué son tantos golpes á quien no se defiende, ni hace fuerza alguna para huirse? ¿Qué malas obras os ha hecho, ó en qué os ha agraviado? ¿Para que estais tan enojados, y rabiosos contra él? ¿No basta que lo lleveis preso como os lo han mandado? ¿Acaso os han dicho que primero lo mateis á palos, y lo lleveis muerto? No, porque ellos le quieren con otra muerte mas cruel, y mas afrentosa. ¿Pues para qué tanto golpe? ¿Para qué tanta herida? Mas, ¡ó maldad de Judas! Aquel malvado discípulo tiene la culpa; porque les dixo, que viesan como lo traían, porque no se les fuese de entre las manos; y por esa causa le quieren quebrantar las fuerzas, pareciéndoles que quebrantado, y molido no se les podrá escapar. De su misma escuela le vienen sus mayores males, y trabajos á este mansísimo Cordero: los mas favorecidos, esos son mas cruells para con el Señor. Mira, alma, no imites á este traidor, no seas causa de que otros maltraten

á tu Dios; no tome ninguno mal exemplo de tus palabras, ni de tus obras; antes sí procura medirlas á la observancia de su santa ley.

344 Considera como habiéndose cansado de herir al Señor, pidieron con gran corage las cadenas, y sogas, y allí en el suelo, como estaba boca abaxo, le asieron sus santísimas manos, y brazos, v cruzadas á las espaldas, se las ataron con tanta fuerza, que reventó la sangre, y los eslabones de la cadena se entraron en los brazos hasta el hueso, tirando fuertemente de las cadenas los que estaban por delante. Luego cogieron otra cadena gruesa, y pesada, y se la echaron al cuello santísimo, y la apretaron tanto, que muchas veces le impedía la respiracion, y hecho esto, le levantaron del suelo, y embravecidos contra el Señor, teniéndole por las cadenas, y por las sogas que le ataron por la cintura á su santísimo cuerpo, le decian, dándole tirones: Ah, ah, ah, que has caido en nuestras manos: ya te hemos cogido, traidor: ya te desamparó el demonio, que te ayudaba: ea, huyete ahora, escápate de nuestras garras. Y diciendo esto, le descargaban muchas bofetadas, y puñadas en su rostro santísimo, y los que le tenían por detrás, le daban golpes en las espaldas, hombros santísimos,

mos, y en su santísima cabeza, y cuerpo con los pomos de las espadas y repitiendo con mucha algazara aquellas palabras: Húyete, escápate ahora, prueba á ver si puedes. ¡O infinita paciencia de Dios! ¡Mira, Christiano, á tu Dios preso con las cadenas, y las sogas de Adán: mírale preso, y maniatado con las prisiones de la caridad, y amor de tu alma: este es el que así sujeta al Omnipotente: y las cadenas, y sogas que le atan por defuera, son las de tus grandes culpas, y pecados: y las que le sujetan por dentro, son las del amor: estas sujetan al poder divino, que ningunas otras pudieran. Dime, ¿y á tí te sujetan las de su amor? Ya ves cuál tiene puesto el tuyo á tu Dios, que le tiene hecho un manso Cordero en las garras de aquellos Lobos, siendo él por sí el bravísimo Leon de Judá. Dime, ¿su amor ha hecho mella en tí? ¿Te ha sujetado, y humillado, ó estas todavía hecho una fiera contra el Señor? No, hermano; dexa ya de ser fiero para con él, que hartos, y sobradamente fieros, y cruells le cercan. No te hagas á una con ellos: hazte de la banda de tu Dios, pues no hay allí quien se ponga de su parte; porque los Discípulos todos asombrados, y despavoridos se fueron, y le dexaron so-

lo. Mira tú que no lo dexes, que seguro vás en su compañía, y no te llegarán á un pelo; porque ya el Señor ha dicho que no le lleguen á los suyos; O si te tocáre algun golpe de los muchos que le dan! Dichoso tú, que ya padeces algo con el Señor, y le ayudas en sus trabajos.

245 Considera en la fuga de los Santos Apóstoles, que cargados de miedo huyeron, dexando á su Maestro en manos de sus enemigos. Y son muy dignas de consideracion las palabras con que el Texto santo explica su fuga. Dice, que habiendo dexado al Señor, huyeron. Primero lo dexaron, y luego huyeron: dexáronle, y luego les sobresaltó el miedo. Mientras estaban con su Divina Magestad, era mucho el ánimo que tenían, y estaban fuertes, y le decian: Señor, embestirémos con ellos, y los degollarémos. Tanto era el valor que tenían estando con él, pues siendo solos once, querian embestir á mil y cien Soldados; mas así que le dexaron, huyeron cargados de miedo. ¿Y adónde huyeron? ¿Adónde se fueron? Dice el Venerable Beda (a), que huyeron al Valle de Josafat, y allí se escondieron en unas cuebas, ó monumentos. ¿Y adónde habian de parar los que huían de Christo sino en el lugar del

(a) In cap. 14. Marc.

Juicio Universal? ¿Adónde habían de entrarse sino en la casa de la muerte? Mira, pues, y escarmienta: no dexes á tu Señor solo en manos de sus enemigos: no le pierdas de la memoria, y tráele muy presente á qualquiera parte donde fueres, que con él no tienes que temer; mas si le dexas, si afloxas, si te olvidas, si le dexas de la memoria, y presencia, luego te has de hallar cargado de miedo, y cobardía; y ya no solo no le has de seguir, sino que has de huir de su Divina Magestad, y huyendo darás en la muerte, y en el juicio. ¿Y cómo saldrás de allí? ¡O Reyna de los Angeles, y Madre nuestra! Vos no permitais que el demonio acabe con nosotros que dexemos á vuestro Hijo Santísimo; y si lo hubiere conseguido por desgracia nuestra, Vos, que sois de Misericordias Madre, y nuestra Protectora, no nos dexéis en tan miserable soledad.

246 Considera como habiendo maniatado al Señor, le arrebataron, y partieron con él para la Ciudad con tal alboroto, y alegría, como la que tienen los vencedores habiendo cogido la presa. Piensa en este viage, que es muy lastimoso. S. Agustin dice, que le tendían en el suelo, por donde había de poner los pies, unas sogas, y quando pasaba el Señor le enlazaban sus san-

tísimos pies, y tirando le arrastraban por las piedras, y así le llevaban á trechos con furia infernal. Y añade S. Buenaventura, que quando le llevaban así, los unos y los otros cogian piedras, y le daban con ellas con muy grande crueldad en donde le podían alcanzar: otros le daban cruelísimos palos en las espaldas: otros cogian grandes pedras de lodo, y le daban con ellas en la cabeza: otros, corriendo, le daban de puntapiés; y otros le pisaban, y pasaban por encima de su Magestad divina. Y finalmente, piensa en la algazara, estruendo, y alegría con que los demonios llevan algunas almas (que les ha costado mucho el derribarlas) al Infierno, segun se lee en muchos exemplos, y toda aquella furia aplica á los que llevaban á tu Divino Maestro, porque en ellos iba el demonio, y eran ministros de tinieblas; así, atendiendo al odio que el demonio tenía á su Magestad, nada de estas cosas se te harán increíbles; porque fuera de estar esta mala bestia irritada con el Señor por la guerra que le había hecho con su doctrina, y milagros, y el no haber podido nunca, por mas que le tentó, derribarle en culpa, les estimulaba á aquellos iníquos Soldados á hacer todo quanto podían en oprobrio de su Magestad, para derribarle con alguna im-

impaciencia. Y para que mejor se conozca su rabia, dice David (a) en persona del Señor: Tendieron en el camino la sogá en forma de lazo para enlazarme; y explica: Hicieron de sogas redes para enredarme los pies. Y San Ambrosio dice: Hicieron lazos de sogas, y con ellas me enlazaron los pies, y me arrastraron. Prosigue David: Pusiéronme el tropiezo en el camino. Y San Gerónimo: Pusiéronme trampas en el camino para derribarme. Y S. Hilario: todo el camino lo sembraron de palos, y piedras para que tropezára, y cayendo me arrastrasen. Esto dicen los Santos, y ahora considera tú á nuestro modo. Púsose el Señor en sus manos, para quitarles de ellas nuestras almas; y viendo que el señor les hacía fuerza, alargaron las almas, y se asieron de su Divina Magestad. Como quien dice: Las almas nos quieres quitar, pues sabe que todos habemos de cargar sobre tí; y así lo hicieron. Y tú haz cuenta que el Señor dice: Alargadlas: sean ellas mias, y de mí haced, lo que quisieris. Mira Christiano, qué campo se te descubre en esta consideracion.

247 Considera con la Santa Verónica (segun el Señor lo reveló), que habiendo llegado con

aquel tropel, y furia al Rio Cedron, estando en mitad de la puente le dieron un empellon, y le derribaron abaxo: y como no cabian todos en la puente, mientras fué, y vino el orden del tribunal, para si lo dexarian caer en el agua, ó no, le tuvieron colgado en el ayre por las cadenas, partiéndosele los brazos con el peso del cuerpo, y ahogándole la cadena del cuello; y por último le dexaron caer, quedándose ellos en las manos con las sogas del cuerpo, porque eran largas. Cayó el Señor con sus manos atadas atrás, y con el peso de las cadenas luego se fué á fondo, y como el rio era rápido, y la ropa de su Magestad era de lana, y tenía tres túnicas, se empaparon en agua, y haciendo fuerza el rio en ellas, le arrebataron, y luego le tiraban con grandes gritos, y voces: y quando le tenían cerca, le volvian á alargar, y así le volvía á arrebatár la corriente, y luego le tiraban otra vez, y así estuvieron un gran rato jugando con el Señor; y su Divina Magestad se vió muchas veces ahogado: y para memoria de las angustias que allí padeció, dexó estampadas sus divinas plantas en muchas piedras del rio, como dice Baronio (b): y por último le sacaron arrastrando por

V 3 la

(a) Psalm. 319. (b) An. Christ. num. 66.

la soga, y salió á la orilla casi ahogado de la mucha agua que habia bebido, y todo lleno de lodo, porque el rio por las orillas no tenia arena, sino lodo. Empezó á respirar así que salió, y á vomitar el agua; mas no le dieron lugar para ello, porque al punto le arrebataron, y partieron con él para la Ciudad. Mirale con gran cuidado: cuál vá empapada en agua toda la ropa, y que con el peso no puede andar; enlodado el cabello, y vomitando aquí, y allí, cayendo muchas veces, y ellos arrastrándole con la misma furia que antes; y así la ropa mojada, y arrastrada quedó toda enlodada, el rostro, y el cabello lleno de tierra, y todo él molido á golpes. ¡O qué suspiros daba de quando en quando, especialmente quando el agua se le venia á la boca, y le quitaba la respiracion; y el alivio era muchos golpes, y puñadas que descargaban en él! No habia piedad alguna para con el Señor. Mira, Christiano, que aquel rio es él de los deleytes del mundo, que con su corriente desesperada arrebatá los mundanos: mira no te arrebate, ásete bien de aquellas cadenas del Señor, si te hubiere cogido: mira que por librarte á ti se puso en aquel peligro: mira qual se vió su Divina Magestad en aquel que era sombra de este; y como allí

jugaban con el Señor sus enemigos, así hace con los mudanos el demonio: teme, teme mucho. 248 Considera como llegaron con el Señor á casa de Anás, el qual como oyó el tropel de los soldados, conociendo por la algazara que venian, y que traían ya la presa, debes pensar que salió á la sala de recibimiento, y sentado en su solio esperó á los ministros. Ahora haz cuenta que estás presente allí viéndolo todo: mira lo primero la alegría con que entran todos aquellos ministros de Satanás, que asidos de las cadenas, y sogas del Señor le pusieron delante del sacrilego Pontífice, y haciéndole todos una gran cortesía, muy gozosos le saludaron; á que él correspondió con demostracion de grande contento, y alegría: mira bien al Pontífice sentado en su solio, y que habiendo hablado con mucho agrado á los soldados, se volvió á nuestro Señor con semblante airado, lleno de soberbia, y cólera, y le empezó á examinar de la doctrina que habia predicado, y enseñado, y que diese cuenta allí de en dónde estaban sus discípulos. Piensa tú que le oyes, y que le dice así: Ven acá, embustero (mal Pontífice, ¿embustero llamas al que es la suma verdad?), ven acá, embustero, dice, ¿con qué autoridad os habeis hecho Maestro, y habeis agrega-

do

do discípulos á vuestra compañía? ¿Es para engañar, y pervertir al pueblo que falte con el amor, piedad, y lealtad á sus Prelados? Decida hí luego donde habeis escondido los discípulos; porque como os han seguido, y creído vuestros embustes, así merecen ser castigados para escarmiento de otros idiotas. Mira á tu Divino Maestro, y Señor celestial: miralo otra vez, y otras veces, que ansioso, apacible, y humilde está, temblando de frio, chorreando agua, y todo lleno de lodo, con los ojos inclinados á la tierra, sin hablar palabra, como si fuera culpado, y aunque el Pontífice le apretaba para que descubriese donde estaban sus discípulos, no quiso responderle á la pregunta; como quien dice: ¿De mis discípulos qué me preguntas? ¿No sabes que la culpa de ellos, si la tienen, ni el delito, si lo han cometido, eso se debe castigar en el Maestro? aquí me tienes á mí, que su Maestro soy. Si hallas que ellos han cometido algun delito, castígalo en mí, y déxalos á ellos. Solo si le dixo su Magestad, ¿de mi doctrina qué me preguntas á mí? Yo no enseñé solo á mis discípulos, sino á todo el mundo, predicando públicamente en el Templo, y Sinagoga; y así, si quieres saber lo que yo he predicado, pregunta á los que me oyeron, que aquí los tienes: pre-

gúntaselo á ellos. Mira, Christiano no la seguridad de tu Señor, pues fia de sus enemigos el testimonio de su doctrina: mira á aquel corazón tan magnánimo; pues estando tan humillado, y oprimido, no se acobarda para volver por la verdad, y confundir la calumnia. Saca de aquí el que debes siempre huir de la pusilanimidad, y con libertad santa ponerte siempre de parte de la verdad, y de la inocencia, aunque por ello se te sigan trabajos, acordándote siempre de aquel Ay con que lamenta la Sagrada Escritura la perdicion de aquellos que dicen mal de lo bueno, y bien de lo malo. Considera como así que el Señor acabó de decir aquellas palabras, uno de aquellos ministros (que dice S. Juan Chrysóstomo era Malco, siervo del Pontífice) levantó la mano, y le dió una cruelísima bofetada, diciendo: ¿Así hablas al Pontífice? Como quien dice: Tomad, y aprended á hablar al Pontífice: no seáis desatento á vuestro Prelado ¿pensáis que estais hablando allá con el vulgacho? pues llevaos esa para que escarmenteis. Aquí tienes muchas consideraciones que hacer: todos son puntos de gran sentimiento, y dolor. Piensa lo primero, que esté maldito esclavo, como dice el Chrysóstomo, S. Pedro Damiano, y otros Santos, fué aquel á quien el Señor sanó

V 4

la

la oreja cortada por S. Pedro en el Huerto, y despues de aquel beneficio le pagó con una tan afrentosa bofetada. Acuérdate tú cuántas veces te ha sanado el Señor las heridas mortales de tu alma, y acabado de sanarte has vuelto á darle de bofetadas, pecando, y ofendiéndole. Piensa lo segundo, que la bofetada no solo fué injuriosa, y afrentosa para el Señor, sino tambien de gran dolor; pues dice la Santa Verónica que la mano estaba cubierta con un guante de acero; y así fué tan terrible el golpe, que, como dice Salmeron, Servio, y otros, dió con el Señor en tierra, y quedaron estampados los dedos, y toda la mano en el divino rostro, y le hizo reventar la sangre por la mexilla, por los ojos, por las narices, y por la boca santísima en tanta copia, que corria por la barba, y cuello del Señor hasta el cuerpo. Piensa lo tercero, Christiano, que al paso que la bofetada fué de tanta ignominia, y afrenta para el Señor, á ese mismo paso fué motivo de grande alegría para sus enemigos. Hizo tanto ruido el golpe, dice Salmeron (a), que sonó por toda la casa, y todos dieron una gran risada, hicieron mucha fiesta, y se regocijaron así los que estaban con el Pontífice, como los otros; como quien di-

(a) 1. 3. tract. 10.

ce: ¡Bien haya tal mano! ¿quién es el que se la dió? ¡ó qué bien que se la asentó! Eso sí, dadle á ese embustero, pues que ni aun ahí quiere callar; y esto lo decian con mucha alegría, y regocijo, y el malvado viendo que así se la celebraban, y aplaudian su atrevimiento, ¡qué ufano estaba, y qué arrogante! ¡O loca osadía, y atrevimiento de los hombres á su Dios! ¡O paciencia, y mansedumbre de Christo Redentor nuestro! Tendrás ánimo ya, Christiano, para quejarte de tus injurias? ¿Aborrecerás ya en adelante el verte afrentado? ¿Ves como tu Dios se carga de tus ignominias, y afrentas? tuyas son; y el Señor por quitártelas las hizo suyas: hizolo por ennoblecercas, para que los suyos nunca se avergüencen de ellas, y se muestren agradecidos á tan grandes mercedes, y beneficios. Considera la gran paciencia, humildad, y mansedumbre del Señor, que con una tan grande injuria, ni se indignó, ni se airó contra aquel mal hombre, ni contra aquel Pontífice, que permitia tan lastimosa injuria; que con grande sosiego, y mansedumbre le dixo: Si hablé mal al Pontífice, dí en qué; ¿y si no hablé mal, por qué me hieres? Esto lo dice así el santo Evangelio.

lio. Mas considera este modo de decir; como si el Señor dixera: Con esta bofetada que me has dado, y lo que has dicho, has escandalizado á todos esos que no oyeron lo que yo hablé, y ahora juzgan que fui desatento al Pontífice, y que le hablé, con descortesía, y desacato: y así dí en voz que te oygan todos, ¿en qué está lo malo de mi respuesta? Aquí has de pensar que el maldito esclavo ciego no halló que decir; y viendo esto el Señor le dixo: Si no hallas cosa mala en lo que he pronunciado; ¿por qué me has dado esta bofetada? Dí la razon que te movió á dárme la. Piensa que el desdichado enmudeció; pero si tú quieres saber la causa, atiende: Sabe, que fueron tres las razones que tuvo, dicen San Cirilo, y Ruperto: La primera fué el avergonzarse de haber sido en algun tiempo discípulo del Señor. La segunda fué el querer adular al Pontífice, y contemporizar con él. Mandáronle en una ocasion los Pontífices que fuese con otros á prender al Señor, y el quedó preso de su doctrina, y volvió haciéndose lenguas del Señor: reprehendiéronles sus amos, y entonces retrocedió, y por darles gusto negó á Christo, y la verdad que habia conocido; y como

ahora dixo el Señor al Pontífice, que preguntase por su doctrina á los que la habian oído, aquel maldito le quiso tapar la boca porque no le nombrase á él; porque si decia este me oyó, habian de hacer mofa, y burla de él los demas. La otra fué por congraciarse con el Pontífice (a), para que le hiciese guarda principal de su persona. Pide á Dios que te libre de adular, y contemplar á los hombres: pídele que te libre de tu amor propio; porque por qualquiera chanza que se diga, te hará dexar la virtud, y te hará ser ingrato, y desconocido á Dios.

251 Considera la negacion de S. Pedro, que en esta ocasion le negó la primera vez, aunque en casa de Cayfás continuó las demas, y le acabó de negar las tres. Habiendo preso en el Huerto al Señor, dice el Texto santo que Pedro le iba siguiendo á lo lexos, y que se entró en la casa del Pontífice, para ver en que paraba la prision, y que puesto con los soldados dentro del patio de la casa, encendieron fuego, y se sentaron en contorno de la llama para calentarse, y que San Pedro, que estaba entre ellos, se sentó á calentarse tambien. Ves aquí todo lo que antecedió para la negacion de San Pedro, como

dis-

(a) Rupert. lib. 13.

disposicion para que le negase: y todo lo has de ir pensando, considerando, y meditando, para que escarmientes en la caída del Santo. Has de considerar que Pedro seguia al Señor, como todos aquellos que andan por el camino de la virtud. Estuvo muy firme en seguirle, hasta que le vió preso, y en trabajos; pero entonces temió que si le seguia con el fervor que hasta allí, habia de caer en los mismos trabajos, y llevado de ese temor se fué quedando atrás. Ves ahí como entra la tibieza en los ejercicios espirituales: ¿si me harán mal? ¿si se volverán contra mí los hombres, y harán burla de mí? ¿si esto, ó lo otro me hará daño á la salud? ¿si me perseguirán? y con esto vas faltando á los ejercicios, te vas entibiando; y tibio te vas quedando atrás. Llegó tarde el señor S. Pedro quando habia entrado, y estaba cerrada la puerta. ¿Cómo habian de llegar las tibias, y descuidadas Vírgenes sino tarde (a), á tiempo que ya estaba cerrada la puerta? Abrió una esclava la puerta al Santo para que entrase en casa de Anás, que fué donde negó la primera vez al Señor. Piensa tú que la esclava es tu carne, que entibia el alma en el divino amor: luego ella empieza á gobernar, y abre las puertas de los sentidos, como traidora, y

por ellas entra la muerte del alma: abre las puertas á la ofensa de Dios, por donde viene el alma á negar á Jesu-Christo. Entró el Santo Apostol, y se juntó con los ministros, y soldados, y viniendo temiéndolos se pone en medio de ellos. ¿Qué haceis, Santo mio? Si os obligó el miedo de los soldados, y ministros á alexaros de vuestro Maestro; ¿como os entraís en medio de ellos? ¿ó amor propio, y carnal, como se vé que eres traidor! Embistióle al Santo para solamente apartarlo de Christo, y apartado lo puso en el mismo peligro que tenia para de una vez derribarlo; para que conozcas que el temor de los trabajos, que te aparta de Dios, te ha de poner en mayores trabajos que los que tenias. ¿Quién te metió, Christiano, en los trabajos del alma, que son peligros de condenacion? Dí, ¿no fué la esclava que abrió la puerta? ¿no fué tu miserable carne, que abriéndote los sentidos, te cerró el entendimiento, para que no entendieses el peligro, y te dexases entrar en él? Pues escarmienta, y aunque mas miedo te ponga por delante, no le creas, ni te apartes un punto del Señor: y si te apartare, dile que si alguna ha de morir, que muera ella, que es la esclava, y no el alma que es la se-

ño.

(a) Matth. 25.

ñora, y tente fuerte. Entró el Santo para ver en qué paraba el Señor, y no atendió en lo que él podia parar, ni lo que le podia suceder. Cególe la curiosidad, que es hija de la tibieza. En siendo tibio serás curioso, y la curiosidad te pondrá en grandes peligros: el fervoroso no se anda en curiosidades impertinentes, sino que prosigue via recta el camino; y así se libra de muchas ilusiones, y engaños en que cae el curioso, porque todo lo quiere ver, y de todo hace misterio. Llegóse á sentar al fuego, y calentarse con aquella maldita gente: ya habia pasado de tibio á frio; ya se habia apagado el que antes ardia en el alma; y quedándose frio, buscó el fuego material para calentarse. Ya tenemos perdido á nuestro Apostol: ¿qué mas perdida quieres á un alma, que falta de amor divino se agrega; y junta con los que son malos, y se pone de asiento en el calor del fuego, y ardor eterno?

252 Considera como estando el Santo sentado al fuego se levantó la esclava; y empezó á combatirle, y lo primero conmovió contra él á los ministros, como dice S. Lucas, y les dixo: Este estaba con aquel. Como quien dice: ¿Vosotros no reparais que este estaba con aquel hombre que estaba preso? Y ya

que los tuvo atentos, se volvió á él, como dice S. Juan, y apretó mas diciéndole al mismo Santo: ¿No eres tú de los discípulos de este hombre? Y luego sin oírle su respuesta, como dice S. Mateo, lo afirmó diciendo: Si con Jesus Galileo estabas; como quien dice: Yo te ví con él, no tienes que negarlo. Mira la esclava como le aflige, provoca, y aprieta, para que niegue á Christo, así que le vió al fuego con los ministros. Abre los ojos, Christiano, que no se te pueden pintar mejor los combates que hace la carne al alma, viéndola en el camino de la virtud; y puesta en ocasion de perderse, se levanta contra ella; y viéndola los Ministros de tinieblas rebelada contra el alma, al punto se arman de parte de la carne en su contra, y conmueven las naturas á que la persigan, para que se corra, y afrente de haber sido discípula de Christo; y aquí clama la carne armada con el amor propio, le persuade que para que no haga burla de ella, diga que ella no ha seguido la virtud, ni jamas ha estado con Christo preso aprisionada de su amor: y luego entra con la tentacion, diciéndole que entonces estaba con Jesus quando estaba fervorosa: que ya eso se acabó, que se dexé de esas melancolías, y se entregue á la vida comun, y junta con los relaxados, se relaxe mas;